**SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA A LOS CIELOS**

**Catedral, 2017**

En el Magníficat que acabamos de proclamar, la Virgen María canta las proezas de Dios. María habla desde su propia experiencia espiritual. ¿Cuál es la experiencia de María respecto de la acción de Dios? Podríamos resumirla en estas palabras: Dios actúa siempre a favor de los pobres y de los humildes. Así es: Dios enaltece a los humildes y colma de bienes a los pobres. Dios dispersa a los soberbios, derriba del trono a los poderosos y despide vacíos a los ricos.

¿Esto que proclama la Virgen en su canto de alabanza y acción de gracias a Dios es verdad? Aparentemente no. Nuestros ojos lo que ven a diario es que los soberbios, los que miran por encima del hombro a los demás, los engreídos triunfan. Nuestra experiencia de cada día es que los poderosos se aferran a sus tronos y consiguen lo que quieren con su riqueza y su poder. Por el contrario vemos cómo los humildes son despreciados, descartados y relegados al último lugar. Vemos también cómo los pobres son cada vez más pobres y desesperadamente buscan salir de su pobreza.

Si la realidad se nos muestra así de contradictoria ¿Por qué la Virgen María la ve de otra manera? María, la nueva Eva, ve la realidad de este mundo desde el Misterio de la Encarnación porque lleva en su seno al Hijo de Dios hecho hombre. María mira la realidad de este mundo desde la referencia de Jesús que “a pesar de su condición divina no hizo alarde de su categoría de Dios, al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo pasando por uno de tantos”. María anticipa en las palabras de su canto de acción de gracias y de alabanza a Dios, la Buena Noticia que Jesús trae para toda la humanidad; especialmente para los pobres. El canto del Magníficat adelante el contenido de las Bienaventuranzas según el evangelio de San Lucas. Son bienaventurados y herederos del Reino de Dios: los pobres, los hambrientos, los afligidos, los excluidos. Son malaventurados y, por tanto, necesitados de conversión: los ricos, los saciados, los que se ríen de todo. María en el Magníficat proclama el contenido substancial del evangelio.

Los creyentes en Cristo estamos llamados a ver la realidad del mundo desde otro prisma distinto al del mundo. Nosotros leemos la realidad de este mundo desde una perspectiva creyente, es decir, desde nuestra fe en Dios que amó al mundo y se abajó para salvarlo y elevarlo hasta su gloria. Por eso leemos la realidad de una forma profética, leemos y actuamos en el mundo desde la realidad última y definitiva que es la del Reino de los cielos donde la Bienaventurada Virgen María y los santos gozan ya de las alegrías eternas. Nuestra vida terrenal la debemos vivir como una constante elevación espiritual hacia la patria definitiva. Por eso es muy importante que sepamos discernir bien lo que Dios quiere de nosotros. Descubrir con su ayuda la misión que el Señor nos ha encomendado y seguirla con la ayuda de su gracia.

Muchos de nuestros contemporáneos viven su vida atrapados por la lógica de la realidad de este mundo confiando sólo en sí mismos, en sus riquezas y posibilidades. Piensan que por ese camino son más libres y encontrarán con mayor facilidad la felicidad y la gloria sin importarles si su actitud perjudica a la justicia y al bien común. Comprobamos con dolor cómo en nuestra sociedad se fomenta el espíritu de competitividad y no el de la solidaridad, el espíritu de acaparar bienes y no el de compartirlos con los demás, el espíritu de buscar éxito fácil a costa de lo que sea y no el de la humildad y el servicio, en fin, el espíritu del individualismo y no el de la cooperación.

 Una de las tareas más apremiantes que tiene nuestra sociedad es la del rearme moral y ético. Hemos de reconocer que hemos avanzado muchísimo en la investigación científica y técnica que nos proporciona una calidad de vida material muy aceptable. Pero este progreso material no alcanza a toda la humanidad y además no ha ido acompañado de un progreso moral y ético que dignifica la vida del hombre con la práctica de virtudes y valores nobles. Parece que quien habla de cosas éticas y morales es una persona o una institución del pasado que pone obstáculos al progreso o cercena la libertad de las personas. Pero no es así. Si el hombre olvida su sentido en este mundo y su fin, olvida también su modo de comportamiento humano, su ética y su moral. Si no sé de dónde vengo y ni a donde voy qué más me da comportarme de una manera o de otra. El criterio último de discernimiento es sólo mi propia conveniencia. En esta atmósfera cultural, el hombre de hoy sólo responde al grito de: ¡Sálvese quien pueda!

 Esta falta de criterios morales hace mella especialmente en los más jóvenes. Ellos son los más débiles porque necesitan modelos de comportamiento recto para seguir sus pautas. La educación tiene en este sentido una grave responsabilidad y una vasta tarea. Esperan de los adultos que les ayudemos a buscar la verdadera felicidad. Es necesario que les demos criterios de discernimiento con fundamento para que puedan elegir en la vida caminos que tengan sentido para ellos y para la sociedad. En mi Carta Pastoral con motivo del Año de la Misericordia proponía como una nueva obra de misericordia para este tiempo: “Mostrar a los jóvenes el verdadero camino del bien moral que conduce a la felicidad auténtica… Porque orientar la vida hacia la excelencia moral es el regalo precioso que los cristianos estamos llamados a ofrecer. No podemos renunciar a ofrecer a los jóvenes en la sociedad actual la excelencia de la ética cristiana. Nos urge a ello el convencimiento de que Jesús nos muestra el ideal de ser humano, que sobrepasa toda sabiduría”.

 ¡Cuánto desearía que la Casa de la Misericordia ubicada en el Santuario de Nuestra Señora de Fátima fuera un lugar desde donde se ayudara a los jóvenes al discernimiento vocacional para la vida cristiana en general y para la vida consagrada en particular! Estoy seguro que con la ayuda de Jesús Sacramentado y de María, bajo la advocación de Fátima, conseguiremos rearmar a los jóvenes moralmente para que busquen a Dios en su vida y sigan los criterios de la Verdad del evangelio que les proporcionará la felicidad aquí en la tierra y la vida eterna en el cielo.

 María, asunta a los cielos, es coronada con la gloria de su Hijo Jesucristo resucitado de entre los muertos. Desde el cielo María nos contempla a los hombres con la mirada de Dios que es siempre una mirada de misericordia y de amor entrañable, una mirada de ternura y de amor hasta el extremo. Ella no nos condena sino que nos llama constantemente a confiar en Jesús que, glorificado y sentado a la derecha del Padre, todo lo puede y todo lo hace nuevo. Invoquemos hoy a María, Reina asunta al cielo, y cantemos con ella un himno de alabanza a “Dios que levanta del polvo al desvalido y alza de la basura al pobre para que se sienten entre los príncipes, los príncipes de su pueblo” (1 Sam 2,8).

† Juan Antonio, obispo de Astorga